

Cartagena Artística

— Ciencias, Artes y Literatura —

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días, 1, 10 y 20 de cada mes

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"
20, Calle del Aire, 20

Año 2. Núm. 36.

1 Abril 1891

Sumario.

TEXTO.—Biografía de D. Andrés Blanco y García, por F. Bautista Monserrat.—El trabajo, por Daniel Balaciart.—El hombre se mantiene de aire, por J. Requena Belmonte.—Las lágrimas, por A. Alcalde Valladares.—La coqueta, por C.—Un recuerdo señaladísimo.—Defunciones.

GRABADOS.—D. Andrés Blanco y García.—La coqueta.

DON ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA.

En Murcia, en la hermosa ciudad del Tháder, bajo cuyo ardiente cielo brota á raudales la radiosa inspiración que centellea en los versos del poeta y en las creaciones del artista, nació en el año 1850 el renombrado escritor cuyo nombre encabeza estas líneas.

A la edad de diez años ingresó en el Seminario Conciliar de San Fulgencio, abandonándolo en 1868, poco antes de aquella Revolución gloriosa que varió por completo los rumbos de la política en nuestro país y que echó los cimientos del moderno reinado de la democracia. Entonces se dedicó al estudio de las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, cuyas asignaturas cursó con notable aprovechamiento en las Universidades de Valencia, Murcia, Madrid y Granada.

Sus aficiones literarias, que desde su niñez empezaron á revelarse, desarrolláronse notablemente durante su estancia en la última de las ciudades mencionadas. La belleza del suelo granadino; el incomparable aspecto de aquella riente vega, cuyas flores recuerdan con sus balsámicos aromas el perfumado aliento de las hurís agarenas y cuyas áuras al acariciar las hojas de los árboles parece como que aún repiten las tristes lamentaciones de Boabdil; la Alhambra, en cuyo poético recinto el mirto y el azahar se agitan á impulsos de los céfiros como incensarios de flores, los delgados chorros del agua figen en cada surtidor deslumbradores hilos de diamante y el ruiseñor entona enamo-

radas endechas; aquellas noches misteriosas en que la luna riela en el firmamento como colosal globo de plata; el recuerdo de los torneos y las zambras; todas aquellas dulcísimas memorias de la época morisca, exaltaron la imaginación del joven poeta, inspirándole brillantísimas composiciones descriptivas y coloristas.

ciano, pues ella le ha inspirado sus concepciones más famosas y gallardas.

Sigue Blanco en la forma á Nuñez de Arce, pero es totalmente original en el fondo. La idea que resplandece en las composiciones del primero en nada se asemeja á la idea que brilla en los versos del segundo. La musa de Blanco es la fé consoladora y tibia, como la

libertad que Blanco ama es la libertad verdadera, la libertad cuyo advenimiento al mundo coincidió con el advenimiento de Cristo, ideal grandioso por el cual han batallado tantos héroes y se han sacrificado tantos mártires; no esa libertad abominable que esgrime con la tea incendiaria el asesino puñal y que se revuelca en el cieno de las calles en los días de motin y de asonada. De ese amor del poeta á los ideales modernos, responden sus dos magníficas odas *El Progreso* y *Al siglo XIX*, que con las tituladas *A la noche*, *Dios*, *La Razón* y *la fé*, *Pasión* y *venganza* y su canto épico á la *Conquista de Sevilla*, constituyen los mejores laureles de su corona de poeta.

De una de estas composiciones del Sr. Blanco, decía en 1884 la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, en su dictámen sobre las poesías presentadas en la sección de asunto libre:

«La Comisión, al juzgar las 59 composiciones presentadas, ha sido severa, creyendo que así acomodaba su pensamiento al de la Academia. Descuella entre todas la oda filosófica *La Razón* y *la Fé*. La Comisión no duda proponerla en primer lugar para el premio, ya atienda á la alteza del pensamiento del poeta, ó á su dicción correcta y su exquisito gusto literario.»

Sobre una de sus poesías descriptivas, decía en 1885 el Ateneo de Granada:

«Don Andrés Blanco y García es un poeta de fecundísima imaginación, nacido en los risueños vergeles de Murcia, y que en varias ocasiones ha visto ceñida su sien con la corona del triunfo. Con forma rica y galana, siempre castizo en la dicción, correcto y claro en el lenguaje, ha sabido pintar con vivos colores y con la sobriedad propia de los grandes maestros, la muerte de D. Fadrique, episodio sangriento del reinado de D. Pedro I de Castilla.»

Un distinguido crítico madrileño, escribía á un amigo suyo en 1889:

«Conocía á Blanco por referencias, pero nada había leído suyo hasta que V. me ha enviado algunas de sus poesías. Me agradan mucho y me atrevería á asegurar que todas las que ya conozco no serían desdeñadas por cualquiera de nuestros más altos poetas.»

Más tarde, cuando la edad de la reflexión y de la madurez de juicio sucedió á las ardorosas exaltaciones y los vehementes arrebatos, el poeta volvió, desdeñosamente la espalda á la brillante musa de la poesía colorista y pidió sus inspiraciones á la musa severa de la poesía filosófica. Deidad á la que sin razón calificaría de ingrata el vate mur-

de Nuñez de Arce es la duda desoladora y fría. El espíritu del autor del *Idilio* asiste indeciso y fluctuante á la lucha entre la fé y la razón, mientras el espíritu de Blanco las contempla íntimamente unidas como rosas de un mismo tallo ó como cuerdas de un mismo laud.

Blanco es un poeta que ama con ardores vehementes la libertad. Pero la



Don Andrés Blanco y García.